ELOGIO FÚNEBRE

DEL ILUSTRE DR.

D. RAFAEL LUCIO

POR

FRANCISCO SOSA



MÉXICO

OFICINA TIP. DE LA SECRETARÍA DE FOMENTO
Calle de San Andrés núm. 15

1886

ELOGIO FÚNEBRE

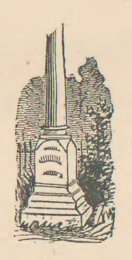
ELOGIO FÚNEBRE

DEL ILUSTRE DR.

D. RAFAEL LUCIO

POR

FRANCISCO SOSA



MÉXICO

OFICINA TIP. DE LA SECRETARÍA DE FOMENTO

Calle de San Andrés núm. 15

—

1886

Él habia llegado á la cumbre de los verdaderos bienes, que consisten en las virtudes.

TÁCITO, *en la Vida de Agrícola.*

I

HÚMEDA todavía la tierra que cubre la fosa del ilustre **Doctor Lucio,** con las lágrimas que en ella vertieran el amor, la admiracion, y la gratitud pública, vengo á depositar la humilde ofrenda que mi corazon consagra á la memoria de aquel sabio á quien tanto debió la ciencia mexicana, de aquel insigne benefactor de los pobres, de aquel virtuoso ciudadano, cuya vida entera puede y debe mostrarse á los pósteros, para que les sirva de enseñanza y de ejemplo.

Sin el atildamiento que emplea el escritor, cuando su labor tiene por objeto buscar la propia gloria, aun más que enaltecer la ajena; sin

las galas y afeites, que si embellecen la obra literaria, la despojan, á las veces, de aquel tinte de sinceridad y de aquel dulce perfume del alma, que llamamos sentimiento, voy, en estas páginas trazadas en horas de tristeza infinita, á decir á los pocos que lo ignoren, cuán puros y cuán brillantes títulos tenia á la estimacion de sus conciudadanos el **Doctor Lucio,** y cómo se hizo acreedor á que, trasmitiéndose á otras edades la relacion de sus acciones nobilísimas, viva su memoria, mejor aún que en nuestros anales, en el corazon de los que á la virtud y al saber rinden fervoroso culto. Pago así, aunque en mínima parte, la deuda inmensa de reconocimiento, contraida en el curso de años enteros de cariñosos y solícitos cuidados que á su alma noble le debí, y hallo en esta triste tarea consolador lenitivo al dolor que he experimentado, al ver cómo la implacable muerte privó á la sociedad mexicana de una de sus más valiosas preseas; á la humanidad que sufre, de uno de sus excelsos benefactores, y á mí, de un amigo fiel, de un prudente consejero, y del más amable confidente.

Estudien otros para quienes no sea extraña la misteriosa ciencia de curar las dolencias que

nuestra débil naturaleza destruyen, los métodos científicos seguidos por el **Doctor Lucio** en el prolongado ejercicio de su carrera profesional y en aquella cátedra en la que durante tantos años iniciara á la juventud en los conocimientos por él atesorados; discutan, si discusion cabe, su teoría sobre la forma especial é incontaminante que la elefanciasis de los griegos reviste en México; háganlo en buen hora y en pro del alentamiento científico; yo no intento sino dejar grabados en estas páginas los rasgos morales más salientes de aquella gran personalidad; empresa á que dí principio mas no remate, viviendo aún el **Doctor Lucio,** porque comprendia yo muy bien que dándole el desarrollo debido á aquellos brevísimos apuntes, lastimaba la incomparable modestia—humildad deberia decir—del sabio médico. Demas de esto, existen las biografías escritas por los doctores Ramos y Frías y Soto, en las que no solamente se hallan las fechas necesarias en trabajos de tal naturaleza, y las noticias referentes á la carrera científica del **Doctor Lucio** y á sus principales escritos, sino tambien datos por todo extremo interesantes sobre la historia de la Medicina en México en los dias en

que hizo sus estudios y dió principio á sus trabajos como empeñoso maestro de la juventud. Será, pues, mi trabajo ligeramente biográfico, predominando el carácter panegírico.

II

Modesta cuna, orfandad, escasos bienes materiales, obstáculos múltiples que superar; cuanto parece como que constriñe al individuo y sujeta á difíciles pruebas su fortaleza y su perseverancia; cuanto contribuye á ejercitar sus facultades y á poner su actividad toda al servicio de nobles y levantados propósitos que no han de tener realizacion sino despues de fatigosas luchas en que nada más las almas nobles salen vencedoras, todo eso acumula por misterioso arcano la suerte, en la existencia de los predestinados á elevarse sobre el comun nivel, por la grandeza de su espíritu; de los séres á quienes está reservada la duradera gloria, los resplandores purísimos é inextinguibles de la fama, la corona de indeficiente brillo de la inmortalidad. Nos lo enseña en sus páginas la historia de los más preclaros

varones, honra de su patria y de su siglo, y compruébalo una vez más la vida del **Doctor Lucio.**

El Estado de Veracruz, que se enorgullece tan justamente de haber producido historiadores como Clavigero; estadistas como los Lerdo de Tejada; poetas como Esteva y Diaz Miron; soldados como Santa-Anna, y diplomáticos como Santa María; gloriarse debe de que en una de sus ciudades, en Jalapa, la inmortalizada por Manuel Flores en canto magnífico, hubiese visto la luz primera el **Doctor Lucio.**

No cumplia éste aún dos años de nacido, cuando su padre murió, y como la viuda contrajera en breve segundas nupcias, acaeció que durante mucho tiempo nombróse al huérfano con el apellido de su padre político, llegándose al extremo de inscribirle así en el Colegio Josefino Guadalupano de San Luis Potosí, donde cursó durante dos años la facultad de filosofía, y en donde tuvo por maestro á Fray Ignacio Montante. Este religioso,—conviene decirlo en este lugar,—estimó en gran manera las altas dotes de su discípulo, y vaticinó, en documento que poseo, el glorioso porvenir científico que estaba reservado al jóven jalapeño, pues textualmente dijo:

"Miéntras estuvo bajo mi direccion, sus portes personales siempre denotaron la más fina educacion y política. En cuanto á su aprovechamiento, le considero igual al que en los estudios se da al grado de Eminente, pues si no adquirió mayores luces, fué porque mis conocimientos no se extendian á más: *conozco que sus talentos y disposiciones son susceptibles de lo sublime en las ciencias.*"

En el documento que acabo de citar y que es una certificacion extendida con todos los requisitos legales, apellida Salas al jóven **Lucio,** su propio maestro; es decir, que en su orfandad, no sólo habia perdido las dulces efusiones del paternal cariño, sino su nombre mismo. En cambio, vése que él, desde su juventud reveló lo que más tarde habia de ser, para gloria de las ciencias patrias.

Trasladado despues á la metrópoli mexicana, dió comienzo á los estudios propios á la carrera de la Medicina, que habia resuelto seguir, no sin obtener ántes la calificacion de *sobresaliente* al ser examinado de los que en San Luis habia hecho. A poco, le fué adjudicado el *primer premio,* y así en los años subsecuentes ocupó los prime-

ros lugares en las cátedras, obtuvo calificaciones máximas y alcanzó idénticos premios; ¡que tan notorias eran su dedicacion al estudio y su clara inteligencia!

Escolar todavía, preséntase *ad honorem* á las oposiciones sobre ejercicios prácticos de Medicina operatoria; califícale el sínodo, digno del primer lugar, y él, con ese desprendimiento que fuera siempre el sello de sus hechos todos, renuncia á los derechos y beneficios que de su triunfo debian derivar; pues sólo aspiró á la gloria de figurar en tan honroso certámen.

Tiempos luctuosos eran para la ciencia médica en nuestro suelo, aquellos en que el jóven **Lucio** cifraba en ella su porvenir. ¡Qué vicisitudes, qué escaseces se oponian á la marcha serena y majestuosa de la jóven Escuela Nacional de Medicina, y cuántas amarguras llenaban entónces el corazon de los maestros de **Lucio**!

Allí está, revestida de tinte sombrío y desconsolador, pero escrita con elocuente verdad, la historia de ese período, en los documentos que guarda la Escuela y en las biografías de sus esforzados sostenedores.

Pero el valor, la constancia, el civismo y la abnegacion de aquellos maestros de la juventud, cual formidables arietes destruyeron cuantos obstáculos acumulara en su camino la sombría ignorancia, el torpe egoismo y el rudo poder dictatorial. La Escuela subsistió, y en sus aulas hoy, y mañana en la habitacion misma del inmortal Escobedo, **Lucio** terminó sus estudios sin apartarse un solo instante de las entónces severísimas prescripciones que debia acatar quien aspiraba al título profesional, que era, dirélo así, el óleo santo que ungia á los sacerdotes de esa religion de la caridad, que sólo deben abrazar los hombres de bien templados corazones.

III

¡Hénos aquí, frente á las hojas más brillantes del libro de la vida del **Doctor Lucio!** Terminaron ya para él las pruebas académicas; las eminencias científicas que le instruyeran y las que le examinaran, le han declarado poseedor de los conocimientos que las leyes exigen, y el Gobierno, en nombre de la Nacion, le ha expedido el

título que habia menester para dedicarse al ejercicio de la Medicina.

Ciencia, talento clarísimo, notable espíritu de observacion, sentimientos levantados, noble anhelo de honrar á su patria y de ser útil á sus semejantes, tales son los caracteres distintivos con que se presenta revestido este jóven, que si bien cuenta sólo veintitres años de edad, ha recibido del cielo, como premio á su perseverancia en el bien, la madurez de juicio que otros no alcanzan sino tras las penosas luchas de la vida, tras los errores que, se cree, por lo comunes, inalienables á la juventud inexperta.

Él no ignora las tempestades que agitan el mar que se dispone á recorrer, y los escollos de que se encuentra sembrado ese mar; sabe cuáles son las pasiones que dominan á la humana especie, y que la impelen por su daño; conoce las enfermedades que destruyen su organismo y que le avecinan á la muerte; pero él no ha necesitado experimentar en sí mismo el influjo de esas pasiones absorbentes, ni los síntomas de esas afecciones morbosas; él, á la luz serena de su razon ilustrada por tenaces estudios, lo ha aprendido todo, y va, con la fe del apóstol, con la piedad

del verdadero cristiano, con la abnegacion del mártir, á poner al servicio de los demas séres, cuanto en su sér propio atesora, cuanto sus maestros le han enseñado, y cuanto deba á las divinas inspiraciones del cielo.

Antigua y vulgar creencia pregona, que aquellos que desde sus primeros años revelan excelentes dotes, que por lo comun son el fruto hermoso aunque tardío de la edad, no llegan á realizar las esperanzas que hicieran concebir, resultando despues humildes medianías junto á los que por su carencia de amor al estudio y por la banalidad de su carácter causaran tantos sinsabores á sus maestros y á sus padres, interesados en su porvenir. En el **Doctor Lucio** se nos ofrece elocuente demostracion de lo erróneo de esa creencia, pues realizacion espléndida de los pronósticos de sus maestros fueron su carrera triunfal por el mundo científico y su gloria no apagada sino por el soplo de la muerte, y esto, para renacer acrisolada y magnífica en el libro de la historia y en los ecos de la fama.

En rápida sinopsis, porque otra cosa no cabe en los límites de este Elogio, voy á hablar de la obra médica, valga la frase, del **Doctor Lucio.**

Y como que para hacerlo, mis palabras carezcan de autoridad, por serme extraña la ciencia por él cultivada, séame permitido valerme de lo que sus biógrafos y compañeros de profesion han dicho en escritos con justicia estimados.

Distinguióse en la sociedad, en el largo período de cuarenta y cuatro años en que ejerciera su profesion,—práctica civil que diria uno de sus compañeros,—por su exactitud y precision en el diagnóstico y por su gran habilidad en la terapéutica; porque acudia con igual solicitud á los magnates y desheredados; porque era modesto en grado sumo, y desinteresado como nadie. No procedia, sino en casos extremos, y cuando era de todo punto indispensable, á hacer operaciones que pusiesen en peligro la existencia de sus clientes, y jamas exageraba la gravedad de sus enfermos. La rectitud de sus juicios, lo prudente de su conducta, la puntualidad con que visitaba á su clientela, la intachable moralidad de sus determinaciones, su reserva,—verdadero sigilo sacramental,—y su abnegacion sin límites, que le hacia desafiar los mayores peligros en las enfermedades infecciosas, tales eran las inapreciables excelencias que fulguraban en el ilustre médico.

"Muy pocas son las familias, decia viviendo aún el **Doctor Lucio**, el Doctor Frías y Soto, que no tienen que reconocerle algun servicio. Desde las clases desvalidas hasta las más elevadas, han ocurrido á él en sus horas de dolor, y **Lucio**, lleno siempre de benevolencia, siempre exacto en el cumplimiento de sus deberes, ha acudido al lecho del enfermo, sin más preocupacion que salvarlo, desentendiéndose hasta del honorario á que era acreedor. Porque el **Sr. Lucio**, con una abnegacion sin ejemplo, siempre ha rechazado todo lo que podia convertir el sacerdocio profesional en una especulacion. Su inquebrantable honradez le hacia no aceptar sino el mínimum de sus honorarios, y cuando se trataba de una familia pobre, la asistia sin querer percibir cantidad alguna."—"Jamas le hemos visto una accion que no sea digna de aplauso, y en su vida, tanto pública como privada, no hay una sola tacha. Ese anciano profesor, cuya frente se inclina ya á la tierra, lleva sus honradas canas ceñidas por el laurel de la ciencia y cubiertas con la bendicion de una generacion entera. El **Doctor Lucio** es una de las glorias más puras y más grandes de la patria."

Maestro de la juventud, durante más de treinta años, proverbial fué,—consta así en la biografía escrita por el Doctor Ramos,—su celo en el cumplimiento de sus deberes como profesor. Si faltaba alguna vez á la cátedra, era una excepcion tan rara, que se reputaba por la Escuela como un verdadero acontecimiento. A la claridad, sencillez y concision de sus exposiciones doctrinales, unia la fluidez y la amenidad del lenguaje, haciendo atractiva su enseñanza. A veces, sin embargo, cuando la naturaleza de la materia de que se trataba lo requeria, sabia elevar su discurso á la altura de lo grande y de lo sublime; su voz adquiria la enérgica entonacion de orador consumado; sus modulaciones traducian fielmente el estado de su espíritu, dibujábase la inspiracion en su noble frente, y en su inteligente mirada ora brillaba la cólera ó la indignacion cuando increpaba alguno de esos vicios vergonzosos que degradan al hombre, ora se retrataban los patéticos sentimientos que inspira el doloroso cuadro de padres desolados ante la triste perspectiva de la pérdida de un hijo idolatrado. Cautivaba el **Doctor Lucio** en tales circunstancias á su auditorio con la magia de su

discurso, y tenia á todos los ánimos suspensos, como cuando se asiste á la representacion de un terrible drama cuyo desenlace se espera con ansia indescriptible. Y á estas cualidades habia que agregar, segun refiere el mismo Doctor Ramos, el profundo conocimiento del maestro en el ramo cuya enseñanza le estaba confiada,—la patología interna;—su vastísima experiencia que le permitia señalar á sus discípulos lo que debian aceptar como cierto, útil y práctico de las doctrinas del autor del texto, y hacer las rectificaciones y ampliaciones necesarias tratándose de la patología propia de nuestro país, y habia que agregar tambien su rectísimo juicio en la apreciacion de las teorías y deducciones prácticas consignadas en los autores, y su intachable moralidad.

Llevaba el **Doctor Lucio** á tal grado su celo en el cumplimiento del deber, que ninguna consideracion era capaz de retraerle de su desempeño, ni aun la de los abusos que pudiera originar el conocimiento de tales ó cuales hechos, que no trataba de ocultar á sus discípulos, contentándose en estos casos delicados con apelar á la conciencia individual, para que ella y sólo ella

fuese el dique que se opusiese al mal uso de los conocimientos que como maestro tenia necesidad de inculcar á los que algun dia debian penetrar á la sociedad, cuyos vicios y miserias mal podian combatir sin conocerlos á fondo.

Por su parte, los alumnos del sabio profesor comprendieron en todo tiempo el inapreciable valor de sus consejos, expresados en general con ese estilo aforístico tan asequible y grato á la inteligencia, como inmediatamente utilizable en la práctica, y año tras año, los más aplicados formaban con ellos un cuaderno que pasaba de mano en mano, como un código de renombrado crédito y que figura en la biblioteca de muchos profesores salidos de la Escuela, que lo conservan como un monumento de gratísimos recuerdos, y al que deben, segun leal confesion, no pocos servicios en casos angustiados de su espinosa carrera.

IV

Acabamos de ver de qué manera se conducia el **Doctor Lucio** en la práctica civil y en la cátedra; sigámosle ahora á las salas del hospital,

y veamos tambien cómo sabia desempeñar los empleos que el Gobierno le confiaba.

Apénas se cumplia un año de su recepcion, cuando fué nombrado Médico y Director del Hospital de San Lázaro, cuyo cargo desempeñó por espacio de diez y siete años. Lo que la humanidad doliente le debió, refiérelo así el Dr. Frías y Soto: "Desde entónces comenzó á emplearse contra esa terrible enfermedad que se llama *el mal de San Lázaro*, un tratamiento científico, en sustitucion del empirismo que allí—en el hospital—habia imperado. Desconocida la naturaleza del mal, ignorada su etiología, y atribuida su propagacion al contagio, los desgraciados lazarinos eran tratados como los leprosos de la Palestina; porque aún se creia que el orígen de la *elefanciasis* estaba en el uso culinario del tocino, y se aplicaba á los que la sufrian muchos de los preceptos del libro de Moisés. Yo, que pasé algunos años de mi clínica médica en aquel tristísimo hospital, practicando con el **Sr. Lucio,** no puedo recordar, sin una honda melancolía, el aspecto horrible que presentaba el edificio, sombrío, viejo, y con sus paredes negras, leprosas y desmoronándose, rasgadas por hondas

grietas donde hormigueaban millares de lagartijas. Todo era allí tétrico y repugnante. Por horizonte los potreros mal cubiertos de un césped mezquino y amarillo, que luchaba con la sal de nitro que se extiende como en las orillas del Mar Muerto, como una inmensa capa de espuma solidificada, que se hubiera desbordado del lago. Y allá á lo léjos la cadena de montañas, precedida por el montículo de lava que se llama el *Peñon*, y que se levanta como una excrecencia gris plomo, que trasuda veneros hirvientes de agua sulfurosa. Sobre aquel suelo convertido en el recipiente de todos los inmundos desechos de la ciudad, se levanta el pesado paralelógramo del hospital, con su vieja iglesia, precedida del cementerio donde se sepultaban los cadáveres de los lazarinos, y con sus salones de un solo piso, adonde estaban las enfermerías. Sobre aquella cárcel de leprosos, sobre aquel conjunto de charcos de agua sucia y espesa que lenta y penosamente despiden las atarjeas, reverbera un sol de fuego, que vivifica millones de inmundos insectos que hierven en el suelo ó nublan el viento. Sólo los que pasamos allá las primeras horas de la mañana, curando centena-

res de úlceras, una á una, y haciendo las guardias nocturnas encerrados en aquella mazmorra más terrible y repugnante que los presidios de la costa, pudimos estimar la importancia de los trabajos del **Sr. Lucio,** que ayudado por una administracion filantrópica, pudo ir mejorando poco á poco la tristísima situacion de los asilados. Pero la obra más importante del **Sr. Lucio,** fué el estudio tan profundo y concienzudo que hizo del *mal de San Lázaro*, clasificado como una forma de la *elefanciasis de los griegos.* El **Sr. Lucio,** en colaboracion del Sr. D. Ignacio Alvarado, y despues de haber observado durante muchos años la sintomatología y las alteraciones anatómico-patológicas de la terrible enfermedad, clasificó y precisó las tres formas de ella, haciendo notar y demostrando, que la forma *manchada* es peculiar á México, ó al ménos que no se encuentra descrita en ninguno de los autores europeos que han tratado de esta enfermedad, quienes apénas han delineado vagamente la *elefanciasis atrófica ó anestésica* y *la tuberculosa.*"

Hasta aquí el Sr. Frías y Soto. Otro facultativo no ménos inteligente, no ménos ilustrado, el Doctor Dominguez, en carta á mí dirigida,

con relacion al **Doctor Lucio,** dice: "A sus estudios sobre el mal de San Lázaro, muy especialmente en la forma manchada, deben esos desgraciados enfermos el no estar ya relegados en mansiones especiales, léjos de los séres vivientes, para quienes eran motivo de horror, porque se consideraba eminentemente contagiosa. Por el solo hecho de haber demostrado la no contagiosidad de la elefanciasis, merece la memoria del **Doctor Lucio** el respeto y la gratitud de la humanidad entera."

Como si no fuese bastante lo que hacia en el hospital de San Lázaro, el **Doctor Lucio** era, por aquella misma época, médico de los alumnos del Colegio Militar, por nombramiento del Gobierno.

Al llegar á este punto, en vez de esforzarme por patentizar de nuevo la energía inquebrantable con que el **Doctor Lucio** llenaba los deberes anexos á su posicion, reproduciré, sin variante alguna, la pintoresca relacion que hace el Doctor Frías y Soto, ya citado, de un episodio histórico, lleno de interes y que léjos de fatigar al lector, le proporcionará agradable oasis en el desierto de mi descolorido elogio.

"El 13 de Setiembre de 1847,—dice el biógrafo del **Doctor Lucio,**—el ejército americano, despues de las acciones de Churubusco y Molino del Rey, asaltó el Castillo de Chapultepec, último baluarte que quedaba en pié por el lado Sur de la capital. Nuestras tropas se replegaban en desórden, las guardias nacionales habian sido destruidas, batiéndose con denuedo y desesperacion, y el pueblo, sintiéndose abandonado, no prestaba una cooperacion eficaz para combatir al extranjero. Sólo los jóvenes alumnos del Colegio Militar, situados en el cerro, juraron morir ántes que entregar el punto que se les habia confiado, y *aquellos niños, roca á roca y piedra á piedra,* lucharon con un heroismo sublime, batiéndose cuerpo á cuerpo con los rudos y gigantescos soldados del Norte, y murieron despedazados por las balas, ó heridos por las bayonetas. La ciudad, entretanto, presentaba un aspecto desolador: el terror estaba pintado en todos los semblantes, y sólo el pueblo de los barrios, aunque desarmado é impotente, rugia de rabia queriendo detener el paso á los invasores. En aquellos terribles momentos, en muchas casas de la aristocracia del dinero, se enarbolaban pabello-

nes de diversos países, escondiendo con mengua una nacionalidad vendida y abrigándose bajo una nacionalidad robada. Y esa cobarde supercherία la cometieron especialmente muchos banqueros que habian enriquecido especulando con los negocios y con los desastres de México. Grandes grupos de gente, corrian por las calles, huyendo del lado Sur y Occidente, que era por donde se temia que entraran primero los americanos. Un hombre, montado en un mal caballo, cruzaba en tanto las calles en sentido contrario, dirigiéndose al rumbo de Chapultepec, por donde se oia vivísimo el fuego de fusilería. Era el **Doctor Lucio,** que marchaba al lugar del combate. Y como cuantos le encontraban le hacian ver que el enemigo avanzaba triunfante, contestaba que era el médico de los alumnos, y entónces más que nunca tenia que cumplir con su deber yendo á curar á los heridos. Y en efecto, llegó al Castillo, presenció lo más rudo del combate, y permaneció prestando los servicios de la ciencia á los que caian despedazados por los proyectiles americanos. El ejército mexicano se retiraba en dispersion, el terror se difundia por todas partes, y sólo los alumnos del Colegio

combatian aislados, abandonados, sucumbiendo al fin. Hasta entónces se retiró el **Sr. Lucio,** habiendo concluido su mision."

La patria, reconocida, premió el noble comportamiento del médico ilustre con una medalla de oro, primero, y con una cruz despues; medalla y cruz que el modestísimo sabio jamas ostentó en su pecho.

V

Parece como que despues de lo hasta aquí expuesto, nada resta que decir en loor del eminente ciudadano. Mas no es así.

Cultor del arte, y cultor entendido, reunió coleccion por todo extremo valiosa, de obras originales,—mexicanas y extranjeras,—formando una galería de pinturas, de grabados, de piedras preciosas y de objetos arqueológicos, que se enorgulleceria de poseer aristocrático personaje. En ella se recreaba y la aumentaba cada dia, y, ¡cosa singular! ofreciendo notable contraste aquellos tesoros del arte, con todo lo demas que le rodeaba, pues el **Doctor Lucio** no queria que resplandeciesen en su hogar vanidosas galas,

sino la honradez inmaculada y las obras del genio.

Que en su alma tenian albergue los sentimientos delicados, lo prueba su aficion al cultivo de las flores, revelada en aquellas páginas por él escritas sobre el cultivo de la hermosa flor de la camelia, páginas que carecen, como todas las obras del **Doctor Lucio,** de afectacion ó amaneramiento, y que van encaminadas á un fin útil, á divulgar conocimientos provechosos.

Si dado me fuera descorrer ante la pública espectacion el velo puesto en su hogar por la virtud, que siempre es humilde, ¡con qué placer revelaria yo de qué ejemplar manera llenaba el **Doctor Lucio** el primer deber del ciudadano, que es el de levantar en el santuario de la familia altar purísimo á todas las virtudes, y enseñar con las acciones propias, más aún que con el prudente paternal consejo, la práctica de cuanto ennoblece al humano linaje. Ni puedo tampoco detenerme á hacer una reseña, siquier fuese compendiada, de sus servicios en juntas de beneficencia, en comisiones científicas y artísticas, encontrando en él todas las autoridades constituidas, desinteresado y sabio consejero siempre que

solicitaron el concurso de su ilustracion y las luces de su inteligencia.

Ajeno á la vanidad que se apodera, las más de las veces, de los que llegan á encumbrarse á superiores regiones, él, á quien el egoismo parecia asquerosa lepra, á pesar de sus constantes y fatigosas tareas como médico y como catedrático, encontraba siempre un medio para consagrar algunas horas,—las que á su corporal reposo debia,—al cumplimiento de sus deberes de ciudadano, sin aceptar jamas retribucion alguna.

Progresista como todo hombre ilustrado, y afanoso por implantar en México todo lo que fuese provechoso, hizo el **Doctor Lucio** dos viajes á Europa, más de estudio que de recreo, pues dedicóse en ellos á visitar los grandes hospitales, á asistir á las cátedras de los más eminentes profesores especialistas, y tambien á hacer construir dos instrumentos de su invencion; uno de ellos la cánula flexible para la traqueotomía. Al volver á México, trajo el *Constrictor de Chassaignac*, siendo él quien primero empleó aquí dicho instrumento.

Hay que observar, pues esto enaltece más el renombre justísimo de que gozaba el **Doctor**

Lucio, que él practicaba el bien por el bien, sin fines ulteriores, sin perseguir, como tantos otros, la popularidad, ni ambicionar gloria y fama, ni mucho ménos riquezas y honores. Bien sabia lo frágiles que son las grandezas de la tierra, lo perecedero de los bienes de fortuna, lo inestable de la suerte. Bien sabia cuán banales son las pomposas frases de los que prodigan lisonjas á aquel de quien esperan algo, ó á aquel de quien algo temen.

Rasgos igualmente dignos de no ser puestos en olvido, eran aquella sinceridad con que emitia sus juicios, siempre rectos, severos siempre como la verdad, cuando se trataba de las obras de los demas; la equidad soberana con que pronunciaba sus fallos, si á ello era requerido; la noble independencia que presidia todos sus actos; la legítima satisfaccion que experimentaba al saber un triunfo ajeno; su profundo acatamiento á la ley escrita y á la autoridad constituida; el vivo interes con que estudiaba los grandes problemas sociales, afectándole entrañablemente los males de la patria y los desaciertos de los que regian sus destinos; la dulce benevolencia de su ánimo, dispuesto á atenuar las debilida-

des propias de la juventud y los errores nacidos de falta de penetracion más bien que de instintos depravados. Todas estas y otras muchas excelencias de su carácter bondadoso y de su profundo conocimiento del corazon humano, hacian ver en él á uno de aquellos séres superiores que desmienten la desconsoladora frase del filósofo que aseguraba que el hombre es el lobo del hombre.

Cuando estrechaba uno aquella mano que, como conducida por la de un dios invisible, trazó mil y mil veces signos que fueron un bálsamo para el dolor acerbo de familias enteras; cuando escuchaba uno las palabras que salian de aquellos labios jamas manchados por falaz mentira ni por baja adulacion, y cuando ¿por qué no decirlo? ante el **Doctor Lucio** recordábamos las malas acciones de otros, que él rehusaba conocer, entónces nos reconciliábamos con la humanidad y veíamos que la virtud no ha huido para siempre de la tierra.

Quien así honraba y servia á la patria, natural era que obtuviese en premio pública y universal estimacion, respeto profundo, amor puro é inextinguible. Sí, decirlo es preciso; nunca

nuestra sociedad,—tornadiza é ingrata muchas veces,—dió á ninguno de sus bienhechores, más patentes y claras muestras de saber honrar á un sabio desde el oriente de su gloria hasta su ocaso, como al tratarse del **Doctor Lucio.**

¡Feliz el hombre que puede bajar al sepulcro, á pesar de haber llegado á la cumbre de la fama, sin enemigos, sin rencores, en medio de las bendiciones de la sociedad entera, proclamado sin contradiccion benefactor ilustre, y considerada su muerte, por todos llorada, como una calamidad para la patria! Yo pondria sobre su sepulcro esta inscripcion:

AQUÍ DESCANSA

EL ILUSTRE DOCTOR DON RAFAEL LUCIO.

LA GRATITUD

CON QUE SUS CONCIUDADANOS HONRAN SU MEMORIA,

ES TAN GRANDE

COMO GRANDES FUERON SU CIENCIA

Y SU VIRTUD.

VI

Era así, ¡oh mexicanos! el sabio que la muerte nos ha arrebatado. Pero ¿qué digo? No era así; no en este borroso é imperfecto bosquejo, trazado por mi pluma, de suyo indocta y hoy más vacilante á causa de la emocion tristísima que me embarga, es en donde podeis conocer en toda su plenitud aquel carácter generoso, aquella dulzura engendrada por la bondad de una alma llena de piedad cristiana, aquella sabiduría fruto de estudios profundos, de tenaces desvelos y de la experiencia adquirida en cerca de medio siglo pasado en las salas de los hospitales y junto al lecho de los enfermos, ya fuesen haraposos mendigos ó ya opulentos magnates. Sucede al que pretende enarrar los hechos de un muerto verdaderamente ilustre, lo que al arqueólogo temerario que intenta reconstruir con incompletas columnas y destrozados sillares uno de aquellos magníficos palacios de la antigüedad, y acaba por producir, no la copia fiel que imaginara, sino vano remedo de la obra derruida por el tiempo, que es la muerte. Empero sin

estos esfuerzos, encaminados á fin patriótico y noble, las generaciones por venir, no llegarian á saber cómo las que les precedieron prepararon la senda que ellas habian de hollar, ni podrian tampoco perpetuarse ciertos nombres que son para los pueblos título de honra legítima y de bien nacido orgullo.

¡Ah! si mi pluma, á semejanza de aquellas hadas prodigiosas de la fábula, que hechizan cuanto tocan, y que donde posan la planta hacen nacer flores inmortales, hubiese recibido del cielo el envidiable don de revestir con el esplendor de la belleza la verdad de mis pensamientos y la efusion de mis afectos íntimos, nadie como yo podria presentaros, ya en voluminoso libro, ya en arrebatadora síntesis, el retrato moral del **Doctor Lucio;** que nadie le amó tanto ni le admiró más, ni le trató con mayor respeto, ni grabó mejor en su corazon las concisas y elocuentes palabras de aquel sabio y virtuoso ciudadano.

Reconozco y confieso lo limitado de mis facultades, y apéname en verdad mi insuficiencia; pero consuélame pensar que este incorrecto elogio del **Doctor Lucio,** deficiente, y mucho, como es, bastará á despertar en los que lo lean, el re-

cuerdo de todas las grandes virtudes y nunca equiparables merecimientos del lamentado profesor, á la manera que escuchando una nota perdida, un eco lejano de armonía dulcísima que en otras horas se escuchara, evócanse al punto dias enteros de felicidad, trasládase uno con el espíritu á sitios lejanos, ve rostros amados, escucha suaves acentos y disfruta divinas ternuras.

Y tú, sombra veneranda del sabio cuya ausencia nos contrista, ciérnete de continuo sobre esta patria mexicana objeto caro de tu predileccion y de tus desvelos; infunde al espíritu de los que fueran tus discípulos aquella caridad sin límites de que tu corazon era fuente, y aquella ciencia que henchia tu cerebro. Y si desde la region en que hoy moras, te es dado seguir mirando las acciones de aquellos á quienes nutriste con saludables máximas, y ves que se apartan de las sendas que un dia les trazara tu ejemplo, ¡oh sombra del **Doctor Lucio!** aviva en su mente la memoria de tus excelsas virtudes, é impide así que den cabida en su pecho al torpe egoismo y á la sórdida avaricia; díles que las terrenas grandezas se desvanecen y pasan

como la arista que consume el fuego y cuyas cenizas disemina el viento; que sólo es imperecedero el perfume de la virtud, y que la inmortalidad, aspiracion sublime de bien formados séres, sólo la alcanzan aquellos que, como tú, alentaron ardiente, puro y desinteresado amor á sus semejantes, porque la inmortalidad es la historia escrita por las almas agradecidas.

Yo no me despediré de tí, diciéndote: ¡Descansa en paz! No; no descanses; como el ángel guardian que ampara y protege á cada humano sér, segun la cristiana creencia, aunque invisible é impalpable, cubre con tus alas nunca manchadas con las impurezas de la tierra, el templo de tu gloria, la Escuela mexicana de Medicina, é infunde á la juventud tu fe, tu ciencia, tu piedad y tu abnegacion!

México, Julio 15 de 1886.

Francisco Sosa.